

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

El Año Mariano

Introducción.—Por qué un año mariano.—Perspectiva eclesial dinámica.—Maternidad y filiación en el testamento del Gólgota.—Nuestro acto de entrega a María.—Tres momentos de nuestra entrega a María Auxiliadora.—El aspecto mariano de nuestra profesión.—Tarea especial de la familia salesiana.—Conclusión.

Roma, solemnidad de Pentecostés
7 de junio de 1987

Queridos hermanos:

Termino de escribir esta carta el día de Pentecostés. ¡Qué el Espíritu Santo more en nuestros corazones y nos haga crecer en interioridad!

Hoy, solemnidad de Pentecostés, comienza el especial año mariano establecido por el Santo Padre mediante la encíclica *Redemptor hómínis*. El jubileo durará hasta la solemnidad de la Asunción de María al cielo del año 1988¹. El Papa desea que la plenitud de gracia de la mujer que creyó, ilumine y guíe la fe de la Iglesia en el camino de estos últimos años del siglo XX.

El Espíritu Santo habitó plenamente en María desde el primer instante de su concepción, y la Virgen experimentó íntimamente su presencia. Ella, madre de Jesús por el poder del Espíritu, vivió Pentecostés con los Apóstoles, contemplando el extenderse de su maternidad a toda la Iglesia. Con el Espíritu y en el Espíritu nos lleva a Cristo, y con Cristo y en Cristo nos conduce al Padre.

Este año mariano servirá para profundizar y aumentar nuestra fe.

1. Cf. *Redemptoris Mater* 49 y 50.

Coincide, durante siete meses, con nuestras celebraciones centenarias de Don Bosco. Así podremos subrayar y vivir con mayor intensidad algunos aspectos característicos e importantes de las iniciativas y presencia de María en la vocación y misión de la familia salesiana.

Por ello os invito aquí a reflexionar sobre el significado que puede tener para nosotros este año mariano, recordando y comentando el acto de entrega a María Auxiliadora, realizado solemnemente por toda la Congregación el 14 de enero de 1984.

Por qué un año mariano

Nos preguntamos, ante todo, por qué ha proclamado el Papa este jubileo en honor de María.

Lo explica él mismo en la encíclica *Redemptoris Mater*, del pasado 25 de marzo. Además de evocar dos acontecimientos histórico-eclesiales particularmente significativos, da como razón de fondo el hecho salvífico de que María continúa *precediendo*, también hoy, *como figura o modelo*² al pueblo de Dios en su peregrinar.

2. *Redemptoris Mater* 5.

Los dos acontecimientos histórico-eclesiales son:

— «El XII centenario del II concilio ecuménico de Nicea (a. 787), en el que, al final de la famosa controversia sobre el culto de las imágenes sagradas, se definió que, según la enseñanza de los santos Padres y la tradición universal de la Iglesia, se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, las imágenes de la Madre de Dios, de los ángeles y de los santos»³;

3. *Redemptoris Mater* 33.

— y «el milenio del bautismo de san Vladimiro,

gran príncipe de Kiev (a. 988), que dio comienzo al cristianismo en los territorios de la Rus' de entonces y, a continuación, en otros territorios de Europa oriental [...] hasta los territorios septentrionales del continente asiático»⁴.

4. *Redemptoris Mater* 50.

Esta última evocación, hecha con sensibilidad ecuménica de alcance nada indiferente, nos mueve a rezar con intensidad por el crecimiento de la fe y unidad cristiana en la Unión Soviética.

Pero la razón principal para proclamar el año mariano se relaciona con el *misterio de la plenitud del tiempo*.

«La expresión “plenitud del tiempo” [...] —dice la encíclica en nota— indica no sólo la conclusión de un proceso cronológico, sino sobre todo la madurez o el cumplimiento de un período particularmente importante, porque está orientado hacia la actuación de una espera, que adquiere, por tanto, dimensión escatológica. Según *Gálatas* 4,4 y su contexto, es el acontecimiento del Hijo de Dios lo que revela que el tiempo ha colmado, por decirlo de algún modo, la medida; o sea, que el período indicado por la promesa hecha a Abraham, así como por la ley interpuesta por Moisés, han alcanzado su vértice, en el sentido de que Cristo cumple la promesa divina y supera la ley antigua»⁵.

5. *Redemptoris Mater* 1,
nota 2.

Podemos añadir que, desde tal plenitud en adelante, el tiempo se enriqueció con una dimensión nueva, que le da la capacidad permanente de rejuvenecer, pues en su incontenible caminar horizontalmente hacia adelante —medido por el reloj— Cristo insertó el dinamismo vertical de la resurrección —es decir, la eternidad—, que lo enriquece de energía escatológica. Así, en el tiempo de la Iglesia el pueblo de Dios puede realizar su

peregrinación terrena avanzando de comienzo en comienzo —según dice los Padres— hasta el comienzo último, es decir, en múltiples etapas de juventud renovada, hasta la juventud definitiva de la resurrección final. De esa forma, «la Iglesia camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega»⁶.

6. *Redemptoris Mater* 2.

La circunstancia que ha impulsado al Papa a centrar nuestra atención en este tema «es la perspectiva del año 2000, ya cercano, en el que el jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su madre [...] María apareció antes que Cristo en el horizonte de la historia de la salvación [...] Este su preceder a la venida de Cristo se refleja cada año en la liturgia de Adviento. Por consiguiente, si los años que nos acercan a la conclusión del segundo milenio después de Cristo y al comienzo del tercero, se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período de tiempo deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la noche de la espera del adviento, comenzó a resplandecer como estrella de la mañana. En efecto, igual que dicha estrella, junto con la aurora precede a la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada precedió a la venida del Salvador, salida del “sol de justicia” en la historia del género humano»⁷.

7. *Redemptoris Mater* 3.

Así pues, la razón principal para haber proclamado este año mariano es que el Santo Padre siente *la necesidad profética* «de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante los últimos años que preceden al 2000»⁸.

8. *Redemptoris Mater* 3.

Es una perspectiva de recuerdo y profecía, de agradecimiento y esperanza, pues mientras nos

disponemos a recordar con gratitud inmensa el bimilenario del nacimiento de Cristo, consideramos el tercer milenio como una hora de nueva juventud en la vida de la Iglesia, uno de los comienzos que aprovechan la energía de la resurrección introducida definitivamente por Cristo en el tiempo. Profecía, estímulo y fuente de este nuevo comienzo fue la visita que el Espíritu Santo hizo a la Iglesia en el concilio ecuménico Vaticano II.

Por nuestra parte, en la Congregación estamos experimentando su prometedor florecimiento, tras los laboriosos Capítulos Generales del posconcilio. Nuestros esfuerzos de renovación sincera constituyen la aportación salesiana al rejuvenecimiento de la Iglesia peregrina.

Perspectiva eclesial dinámica

En la encíclica nos dice el Papa que «la Iglesia está llamada no sólo a recordar [...] sino también a preparar, por su parte, el futuro, ya que el final del segundo milenio cristiano abre como una nueva perspectiva»⁹.

La invitación a mirar al 2000 no es, según ha insinuado algún periodista, una obsesión apocalíptica, como si se pensara en una especie de catástrofe al estilo del medieval «mil y nada más». Es más bien una mirada escatológica, abierta a los tiempos nuevos y a cómo debe renovarse la Iglesia para evangelizarlos.

Igual que al principio, en cada nuevo comienzo se halla presente de forma imprescindible la «cooperación materna de la Madre de Dios»¹⁰. Es un elemento querido por Dios en la historia de la salvación; es realidad objetiva; es senda que lleva a un futuro mejor.

9. *Redemptoris Mater* 49.

10. *Redemptoris Mater* 49.

El Papa ha querido que la duración del año jubilar fuera de Pentecostés a la Asunción, para indicar el espacio de tiempo en que María acompañó a la Iglesia naciente; en aquel período, la Virgen fue asidua en la oración con los apóstoles y discípulos, y vivió la consumación de su itinerario de fe como madre, cual nueva Eva, para cumplir el testamento de Jesús en la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»¹¹.

11. Juan 19,26.

La encíclica del Papa es una meditación bíblica y teológica sobre el papel de María en la historia de la salvación, a la luz del capítulo octavo de *Lumen gentium*.

Ha elegido como clave de lectura de tal papel la afirmación profética de Isabel: «¡Dichosa tú, que has creído!»¹².

12. Lucas 1,45; cf. *Redemptoris Mater* 12.

El camino que hay que recorrer para llegar a Dios tiene su expresión más sublime en la peregrinación de fe de María. No es fe estática, como si ya hubiese llegado a la meta el día de la Anunciación; sino fe que crece continuamente, envuelta en oscuridades y nuevas luces, abierta al descubrimiento, y a una colaboración cada vez más intensa; no es simple posesión de una mente satisfecha, sino búsqueda ardiente de un corazón sediento. El punto de partida es el gran sí de la Encarnación; pero, ¡cuántas novedades que escrutar y qué noche tan larga hasta Pentecostés y la Asunción! El velo que cubría al Hijo no fue transparente del todo hasta la visión del cielo. La fe de María, igual que la de Abraham, creció continuamente, esperando contra toda esperanza.

«En la Anunciación, María se abandonó en Dios completamente, manifestando su “obediencia de la fe” a quien le hablaba por medio de un mensajero y prestando el “homenaje del entendimiento y la voluntad”. Respondió con todo su yo

humano, femenino, y en tal respuesta de fe iban contenidas una cooperación perfecta con “la gracia de Dios que previene y ayuda” y una disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu Santo, que “perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones”»¹³.

13. *Redemptoris Mater* 13.

El movimiento de cooperación con la gracia de Dios se centró gradualmente en la colaboración con la obra de redención de Jesucristo. Ya en la boda de Caná María colabora en cuanto mujer (así la llama Jesús), como para indicar en ella a la segunda Eva, que intercede y ayuda. A los pies de la Cruz, en la originalidad de la nueva Alianza, experimenta la paradoja infame de la obediencia de la fe: «Aquí tenemos quizá la kénosis más profunda de la fe en la historia de la humanidad»¹⁴. Es la segunda Eva que, «en cierto modo, se convierte en contrapeso de la desobediencia e incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres [...] San Ireneo, citado por la constitución *Lumen gentium*, [enseña]: “el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por su incredulidad, lo desató la virgen María por su fe”»¹⁵.

14. *Redemptoris Mater* 18.

15. *Redemptoris Mater* 19.

Precisamente en esta plenitud oscura de fe María alcanza la cima de madre de los vivientes. El testamento de Cristo en la Cruz revela el misterio de la nueva maternidad de María, producida por la fe mediante su participación más íntima y dolorosa en el amor redentor del Hijo.

«Las palabras que pronuncia Jesús desde lo alto de la Cruz significan —dice la encíclica— que la maternidad de su madre halla nueva continuación en la Iglesia y mediante la Iglesia, simbolizada y representada por Juan. Así [...] continúa estando en el misterio de Cristo como la mujer indicada por el Génesis (3, 15) al comienzo y por el Apocalipsis

(12,1) al final de la historia de la salvación. Según el designio eterno de la Providencia, la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia como [...] reflejo y prolongación de su maternidad con respecto al Hijo de Dios»¹⁶.

16. *Redemptoris Mater* 24.

Maternidad y filiación en el testamento del Gólgota

Juan Pablo II afirma en la encíclica que la maternidad en el orden de la gracia conserva la analogía de las relaciones mutuas entre madre e hija, y aplica este principio al testamento de Jesús en la Cruz, enunciado en singular para la persona representativa del apóstol Juan: «Ahí tienes a tu hijo».

El Papa considera como elemento fundamental de la maternidad el hecho de referirse íntimamente a la persona de cada hijo: una relación mutua, única e irrepetible. «Incluso cuando una misma mujer es madre de muchos hijos —afirma— su relación personal con cada uno de ellos caracteriza la maternidad en su misma esencia, pues cada hijo es engendrado de modo único e irrepetible; esto vale para la madre y para el hijo. Cada hijo es rodeado de la misma suerte por el amor materno en que se basa su formación y maduración en la humanidad»¹⁷.

17. *Redemptoris Mater* 45.

Por eso la maternidad espiritual de María, a la vez que aparece como don que Cristo brinda personalmente a cada hombre al elevar a María a segunda Eva, se presenta como un dato cristiano de la nueva Alianza, que vincula el camino de fe de los discípulos a los cuidados maternos de quien creyó y se convirtió en corredentora mediante una cooperación de amor sostenida por la mayor fe hu-

mana. Así la Virgen Madre participa objetivamente, con modalidad subordinada especial, en la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador definitivo. «Asunta al cielo —dice la constitución *Lumen gentium*—, no dejó esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad, hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen María es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora»¹⁸.

18. *Lumen gentium* 62; cf. *Redemptoris Mater* 38, 39, 40, 41.

19. *Efesios* 1,10.

Tal solicitud materna se prolonga por los siglos, hasta que «se recapitulen en Cristo todas las cosas»¹⁹.

Pues bien, Juan Pablo II ve en el testamento de Jesús clavado en la Cruz la investidura pública y solemne de la maternidad mediadora de María, que consiguientemente lleva consigo una respuesta correlativa de filiación mariana en la vida de los discípulos de Cristo. Así, su ponerse en manos de María como madre es un dato cristiano que comenzó en el Gólgota.

«A los pies de la Cruz —dice el Papa— comienza la entrega especial del hombre a la madre de Cristo que posteriormente, en la historia de la Iglesia, se ha practicado y expresado de diferentes modos [...] La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente por medio de dicha entrega filial a la Madre de Dios [...] Al ponerse filialmente en manos de María, el cristiano, como el apóstol Juan, recibe en su casa a la madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su yo humano y cristiano: “La

toma consigo". De ese modo, procura entrar en el radio de acción de su caridad materna»²⁰.

20. *Redemptoris Mater* 45.

Entre los diferentes modos de expresar y practicar la entrega de los discípulos de Cristo a María, recordamos con alegría y satisfacción peculiar el «acto de filiación» promovido y recomendado por Don Bosco en un opúsculo de 1869, publicado en las *Lecturas Católicas* para los devotos de María Auxiliadora. La fórmula que redactó para tal acto coloca al devoto a los pies de la Cruz, precisamente junto al apóstol Juan.

En la circular que os escribí sobre el acto de abandono en manos de María, como preparación al XXII Capítulo General, añadía que «la fecha de redacción y el contenido de este texto mariano de Don Bosco unen espontáneamente este acto de filiación al característico nombre dado a sus religiosas —Hijas de María Auxiliadora—, que él quiso como modelo de abandono filial en manos de la Santísima Virgen»²¹. Estas celebran, cabalmente en vísperas del comienzo del año mariano —el 9 de mayo de 1987— el 150º aniversario del nacimiento de santa María Mazzarello; es un aniversario feliz para toda la familia salesiana.

21. ACS 309, págs. 11-12.

Sabemos que nuestro Fundador y Padre tuvo una sensibilidad mariana extraordinaria, que se desarrolló mediante aquel su profundo sentido eclesial, que le hacía mirar a la Virgen como Auxilio del pueblo cristiano y Madre de la Iglesia.

Nuestras relaciones de filiación con María son profundamente eclesiales y de perspectiva dinámica, de cara a una actividad apostólica de carácter juvenil y popular. Estamos convencidos de la presencia solícita de María entre nosotros²², de su intercesión continua²³, de su cuidadosa sabiduría de Maestra²⁴; la miramos siempre como a modelo supremo de quien cree²⁵; es para nosotros la «es-

22. Cf. *Constituciones* 8.

23. Cf. *Constituciones* 84.

24. Cf. *Constituciones* 20.

25. Cf. *Constituciones* 92.

26. *Evangelii nuntiandi* 82.

trella de la evangelización»²⁶: «caminamos con los jóvenes para llevarlos a la persona del Señor resucitado [...] La Virgen María es una presencia materna en este camino. La hacemos conocer y amar como a la Mujer que creyó y auxilia e infunde esperanza»²⁷.

27. *Constituciones* 34.

Nuestro acto de abandono en manos de María

El 14 de enero de 1984, antes de inaugurar el XXII Capítulo General, que debía concluir el gran trabajo posconciliar de formular de nuevo nuestra Regla de vida, todas las comunidades de la Congregación se unieron a los capitulares que, en nombre de las comunidades inspectoriales y representando a todos los hermanos, hicieron solemnemente en la capilla de la casa generalicia de Roma el acto de abandono en manos de María.

28. Cf. *ACS* 309, págs. 7-8.

Se hizo con la conciencia de estar en los umbrales del 2000²⁸, es decir, en la aurora de una nueva etapa de la vida de la Congregación en el largo camino de la Iglesia.

En ocasión del año mariano convocado por el Papa, es más que oportuno recordar y profundizar el significado de nuestro gesto histórico.

El nuevo texto de las Constituciones recoge su contenido: «La Virgen María indicó a Don Bosco su campo de acción entre los jóvenes, y lo guió y sostuvo constantemente, sobre todo en la fundación de nuestra Sociedad. Creemos que María está presente entre nosotros y continúa su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos. Nos confiamos a ella, humilde sierva en la que el Señor hizo obras grandes, para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo»²⁹.

29. *Constituciones* 8.

Con tres años de anticipación sobre el presente jubileo mariano, nos sentimos en gozosa sintonía con la razón de fondo de su proclamación, con el contenido de la encíclica que lo ilustra y con la perspectiva dinámica que invita a preparar el comienzo del tercer milenio cristiano.

Creo que la famosa copia en limpio de que hablaba nuestro Padre mirando al futuro desarrollo y maduración de nuestra Sociedad, está precisamente en la adecuación posconciliar de su carisma, «vivido, custodiado, profundizado y desarrollado continuamente en armonía con el cuerpo de Cristo en crecimiento perenne»³⁰.

30. *Mutuae relationes* 11.

Debemos cultivar nuestra conciencia de fe acerca de la intervención poderosa y constante del Espíritu del Señor en la historia, durante la vida de Don Bosco y en los cien años de desarrollo y de trabajo apostólico de su familia.

El concilio Vaticano II fue ciertamente una visita extraordinaria del Espíritu Santo. Lo vemos en la vida de la Iglesia, y lo experimentamos nosotros en la renovación —aunque no ha hecho más que comenzar— de la Congregación. Nos hallamos de verdad ante una iniciativa de nuevo comienzo profético.

La conciencia de fe nos invita a captar la responsabilidad histórica especial que nos corresponde, como si nos halláramos implicados en un papel no buscado, pero real, de fundar de nuevo, llamados a hacer obras grandes. Recordemos cuanto escribía don Pablo Albera a los hermanos el día de Pascua de 1918: «Aunque nos encomendamos a la protección de María, sin embargo acometemos obras grandes. Si la amamos con afecto ardiente, nos obtendrá todo lo que deseemos»³¹.

31. *Lettere circolari*, pág. 286.

Las obras grandes que debemos realizar para llevar a la práctica todo nuestro proyecto de reno-

vación, se las comunicamos a la Virgen precisamente el mes de enero de 1984, al ponernos en sus manos como individuos y como Sociedad.

Para recordarlas bien, os invito a repasar juntos la fórmula de nuestro acto de abandono.

Tres momentos en la oración de entrega a María Auxiliadora

La oración de nuestro solemne acto de abandono en manos de María (que se publica en apéndice), consta de tres momentos complementarios: uno de adoración y alabanza trinitaria, el segundo de súplica y memoria cristológica, y el tercero de confianza filial y entrega a María Auxiliadora.

Creo que será útil concentrar nuestra atención orante en esta fórmula del acto de abandono. Es un tema de meditación muy rico: muestra la esencia íntima del espíritu salesiano e invita a hacer con fe el camino de la renovación.

● Primer momento:

El rostro de Dios en la contemplación salesiana

La adoración y alabanza al amor infinito de la Trinidad se expresa con los sentimientos del corazón de Don Bosco: corazón ardientemente apostólico, que descubre en la contemplación de Dios la raíz secreta y el estímulo animador de toda su santidad: el «da mihi ánimas». Nunca podrá comprender a Don Bosco quien no sepa sumergirse en el misterio trinitario, y admirar el amor infinito del Padre que crea el mundo y da todo al hombre y le perdona; el amor infinito del Hijo, que se hace hombre para ser uno de nosotros, solidario en todo —incluido el dolor y la muerte—, y

así librar al hombre pecador, comenzando por los humildes y pobres; en fin, el amor infinito del Espíritu Santo, que se introduce en la historia, y llama al corazón de cada persona y guía la Iglesia para transformar al hombre, a la sociedad y al mundo, y ofrecer así al Padre un reino de justicia, de paz y de alegría.

El Padre es Dios de misericordia, el Hijo es Dios de liberación, el Espíritu Santo es Dios de santificación: un solo Dios, que es amor totalmente vuelto hacia el hombre.

La contemplación de tal rostro de Dios impulsa al orante a colaborar generosa y plenamente en la misión salvífica de Cristo y de la Iglesia: de ella surgen los santos, como Don Bosco, que viven olvidados de sí mismos en el éxtasis de la acción apostólica.

Nosotros, salesianos —repitieron los miembros del XXII Capítulo General—, *congregados en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, adoramos y damos gracias, con el corazón de Don Bosco, al Amor infinito que quiso tanto al mundo, que le entregó su Hijo único y le envió el Espíritu Santo para la redención y santificación del hombre.*

Gloria a ti, Padre de misericordia; a ti, Hijo redentor; a ti, Espíritu santificador, Amor uno y trino que salva.

Y, en esta sublime visión apostólica de adoración y alabanza, la mirada del salesiano se dirige a la persona y al papel de María, a fin de admirar en ella la obra maestra de una Madre-Auxiliadora, asociada al Amor infinito de Dios insertado en la historia del hombre.

Te alabamos, Trinidad divina —sigue siendo la oración— *por haber asociado inefablemente a María a la obra de la salvación, elevándola a Madre de Dios y Madre nuestra.*

Este primer momento trinitario es la actitud de fondo presente constantemente en el corazón salesiano, que da dinamismo a su capacidad de acción y le hace repetir en toda ocasión con Don Bosco: «da mihi ánimas».

- Segundo momento:

Los sentimientos de Cristo en el corazón salesiano

La súplica del segundo momento de nuestra oración de abandono, que es simultáneamente memoria cristológica, nos lleva al Calvario, para pronunciar el profundo «acto de filiación» propuesto, como hemos visto, por Don Bosco³². Dirigiéndonos directamente a Jesús en la cruz, le pedimos que renueve para cada uno de nosotros su testamento, cuando —como ha escrito el Papa— «el Redentor confía María a Juan en la medida en que confía Juan a María», es decir, cuando «al discípulo se le asigna el papel de hijo como respuesta al amor de la madre»³³.

El poder del Espíritu Santo enviado por Cristo resucitado, puede renovarnos e infundir en nosotros los mismos sentimientos de Cristo.

Jesús es el hombre nuevo, primicia del mundo nuevo, que hizo de su madre la mujer nueva, la segunda Eva que inaugura con él los destinos de la nueva humanidad. Le pedimos que nos ayude a sentir diariamente nuestro vínculo de filiación mariana de novedad, de entrega y de esperanza:

Y tú, Señor Jesús, Hijo de María y primicia del mundo nuevo, danos tu Espíritu, a fin de que suscite en nuestros corazones los mismos sentimientos de tu amor. Te suplicamos que renueves para nosotros el inefable testamento que hiciste en la cruz, cuando legaste al apóstol Juan la condición y el título de hijo de tu madre María. Repite también para cada uno de nosotros: «Mujer

32. Cf. ACS 309, págs. 11-12.

33. *Redemptoris Mater* 45.

abí tienes a tu hijo», a fin de que sepamos vivir siempre con «María en casa».

El Santo Padre hace ver, en su encíclica, que «la expresión evangélica “la recibió en su casa” (Jn 19,27) supera el límite de una acogida de María por parte del discípulo reducida al simple alojamiento material y hospitalidad en su casa; quiere indicar más bien la «comunidad de vida» que se establece entre los dos en virtud de las palabras de Cristo agonizante»³⁴. Por eso afirma después que, «al entregarse filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, “acoge como algo propio” a la Madre de Cristo y le da cabida en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su yo humano y cristiano: “La recibió en su casa”. Así el cristiano procura entrar en el radio de acción de la caridad materna con que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo”»³⁵.

Ahora bien, ese «algo propio» del salesiano, los grandes valores de su herencia espiritual, son los contenidos de la consagración apostólica de dedicación a la pastoral juvenil y popular, con sentido de Iglesia y metodología de bondad, que ahora debe renovar e intensificar para disponerse al gran jubileo del 2000.

Por tal razón decimos después:

Que ella {María} se quede maternalmente con nosotros, nos tome de la mano y sea nuestra inspiradora en la evangelización de «los pequeños y los pobres»; nos ayude a ser piedras vivas de la Iglesia en comunión de vida y acción con el Papa y los obispos; nos alcance intensidad de escucha y celo apostólico para ser auténticos profetas de esperanza en el próximo adviento del tercer milenio de la fe cristiana; nos eduque en la creatividad pastoral y en la bondad atrayente, alimentada de ascesis, que nos hacen expertos en el diálogo y la amistad, especialmente con los jóvenes más pobres.

34. *Redemptoris Mater* 45, nota 130.

35. *Redemptoris Mater* 45.

Así, este segundo momento de súplica cristológica nos obtiene, en María, ser salesianos con mayor autenticidad en esta hora de la historia tan llena de significado.

• Tercer momento:

Tesoros salesianos que encomendamos a María

La oración, en su tercer momento, indica una actitud de confianza filial y nuestra entrega a María de las principales «cosas propias», y nos lleva a compartirlas familiarmente con ella, gozosamente convencidos de tenerlas aseguradas, protegidas y desarrolladas por su solícita intercesión materna.

Por eso la proclamamos, con Don Bosco, nuestra maestra y guía.

He aquí las principales «cosas propias» que le confiamos:

— ante todo, nuestras personas, individual y comunitariamente;

— nuestra nueva Regla de vida, que deseamos testimoniar con fidelidad en la pluriforme comunión de la unidad;

— el esfuerzo por santificarnos en la liturgia cotidiana de la vida;

— la fecundidad vocacional y la responsabilidad de la formación;

— la generosidad misionera;

— la capacidad de animar la familia salesiana;

— por último, como síntesis concreta y ápice de todo, el ardor de la caridad pastoral para con la juventud.

La adoración inicial de la Trinidad y la súplica ardiente a Cristo, Hijo de María, han guiado nuestro corazón, en sintonía con el plan del Padre y el testamento de Cristo, a responder a sus inicia-

tivas de amor con gesto filial, pleno de entrega de nosotros mismos y de nuestras cosas a María Auxiliadora, Madre de la Iglesia.

Debemos volver con frecuencia al contenido de este gesto y considerar cada una de las principales «cosas propias» confiadas a María, a fin de vivirlas y promoverlas en comunión de vida con ella.

Tal es el significado que quisimos dar a nuestra oración:

María Auxiliadora, Madre de la Iglesia, los Salesianos de Don Bosco nos entregamos hoy, personal y comunitariamente, a tu bondad e intercesión. Te confiamos el precioso tesoro de nuestras Constituciones, el compromiso de fidelidad y unidad en la Congregación, la santificación de sus miembros, el trabajo de todos animado por una actitud de culto en espíritu y verdad, la fecundidad vocacional, la ardua responsabilidad de la formación, la audacia y generosidad misionera, la animación de la familia salesiana y, sobre todo, el ministerio generoso de predilección por la juventud.

Te proclamamos, con gozo, maestra y guía de nuestra Congregación.

Don Bosco nos aseguró que la Virgen Santísima es la fundadora y será la sostenedora de nuestra Congregación³⁶, que únicamente en el cielo podremos conocer extasiados lo que ha hecho por nosotros³⁷, que sin duda seguirá protegiendo nuestra Congregación, si nosotros seguimos confiando en ella³⁸, y que no nos equivocaremos mientras sea ella de verdad nuestra guía³⁹.

Conviene recordar también que el famoso sueño del «augusto personaje» vestido de un manto con diez diamantes, en el que se presenta el modelo del verdadero salesiano⁴⁰, fue considerado por Don Bosco como un precioso regalo mariano, pues lo soñó en san Benigno Canavese el día de la

36. *Memorias Biográficas* VII, 334.

37. *Memorias Biográficas* X, 1078.

38. *Memorias Biográficas* XVII, 261.

39. *Memorias Biográficas* XVIII, 439.

40. Cf. ACS 300, abril-junio de 1981.

41. *Memorias Biográficas* XV, 183.

42. Cf. *Memorias Biográficas* XVIII, 247.

fiesta del nombre de María; y después lo quiso redactar el día de la Presentación de la Virgen al templo⁴¹. Con ello quería indicar que esperaba del cielo luces especiales en las fiestas de la Virgen⁴².

Así pues, el acto de abandono en manos de María es una expresión genuina del corazón, de la vivencia y, por tanto, de los sentimientos más íntimos y queridos de nuestro Santo Fundador. Procuremos renovar a menudo su conciencia; será una indicación óptima de marcha, a fin de caminar con la Iglesia hacia el tercer milenio.

Con María no podemos equivocarnos: avanzaremos por el buen camino de Cristo para edificar el Reino.

Con gran acierto nuestra oración, comenzada de forma descendente de la Trinidad a Cristo y María, termina con la invocación de los peregrinos que ascienden en el Espíritu, por los senderos de la historia, de María a Cristo y con Cristo al Padre.

Al concluir la oración, nos dirigimos a la Virgen Madre para que nos ayude en la subida:

Te rogamos que aceptes este filial acto de abandono; haz que participemos cada vez más vivamente en el testamento de tu Jesús en el Calvario: por él, con él y en él nos proponemos vivir y trabajar incansablemente en la construcción del reino del Padre.

María Auxiliadora de los Cristianos, ruega por nosotros. Amén.

Estas reflexiones sobre los tres momentos complementarios de nuestra oración de abandono nos estimularán a tener mayor confianza y a ser más audaces para acometer las «obras grandes» que espera de nosotros la Iglesia, al lado de los pequeños y pobres.

El aspecto mariano de nuestra profesión

Entre las «cosas propias» que confiamos a María está, como realidad básica, nuestra profesión salesiana.

Esta resulta de algún modo la síntesis de cuanto somos y tenemos: es la forma con que vivimos nuestra realidad de discípulos de Cristo, traza el camino que conduce al Amor, propone la dimensión evangélica de nuestra vocación y delinea el proyecto eclesial de nuestra misión.

El gesto de abandono quiere significar que realizamos nuestra profesión en comunión de vida con María.

La consagración del Padre, que nos sella «con el don de su Espíritu»⁴³, hace que también María se halle «presente entre nosotros»⁴⁴ y nos guíe⁴⁵ ayudándonos con su «intercesión»⁴⁶ «a amar como amaba Don Bosco»⁴⁷, a acoger, meditar y hacer fructificar la palabra de Dios como lo hizo ella⁴⁸, a crecer en «la donación plena», a tener aliento «en el servicio a los hermanos», y a imitar «su fe, la solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y el gozo por las maravillas realizadas por el Padre»⁴⁹. De tal forma, con ella —madre y maestra— tenderemos todos los días a ser verdaderos educadores y pastores de los jóvenes⁵⁰, según cuanto profesamos.

En el mes de mayo de 1988 —simultáneamente año mariano y centenario de Don Bosco— hay una fecha muy significativa que deseamos solemnizar en toda la Congregación con intensidad espiritual extraordinaria: ¡es el día 14, sábado!

Como ya se os comunicó⁵¹, será «el día de la profesión salesiana».

Al conmemorar la profesión religiosa de Don Bosco y de los veintidós primeros hermanos, emi-

43. *Constituciones* 3.

44. *Constituciones* 8.

45. Cf. *Constituciones* 20.

46. *Constituciones* 24.

47. *Constituciones* 84.

48. *Constituciones* 87.

49. *Constituciones* 92.

50. Cf. *Constituciones* 98.

51. ACG 321.

tida en 1862, todos renovaremos nuestra profesión.

Nos estamos preparando en todas las inspecto-
rías. El estudio y profundización del nuevo texto
de la Regla de vida es la primera tarea de toda co-
munidad en el urgente quehacer vocacional de
responder a las interpelaciones de los tiempos. La
formación permanente es imprescindible en todas
las épocas; pero lo es todavía más en esta hora de
cambios acelerados, si queremos asegurar la iden-
tidad vocacional ante los desafíos que se presen-
tan. El texto renovado de la Regla de vida es el
carné o tarjeta de identidad del salesiano de los
tiempos nuevos. Resulta, pues, muy importante
asimilar sus contenidos, a fin de que el propósito
de llevarlos a la práctica sea genuino y verdadero.

El próximo 14 de mayo queremos relanzar
nuestra vocación y misión, renovando todos jun-
tos la profesión religiosa «según el camino evan-
gélico trazado en las Constituciones salesianas»⁵².

¡Que María Auxiliadora nos asista y santa Ma-
ría Mazzarello, cuya muerte santa conmemoramos
en tal día, interceda para que sepamos repetir con
Don Bosco: me ofrezco «en holocausto al Señor,
dispuesto a todo, para procurar su mayor gloria y
el bien de las almas, especialmente las de la ju-
ventud»⁵³.

52. *Constituciones* 24.

53. *Memorias Biográficas*
VII, 163.

Tarea especial de la familia salesiana

El Santo Padre nombró, el 11 de febrero,
miembro del comité central del año mariano a la
superiora general de las Hijas de María Auxilia-
dora, madre Marinela Castagno. Es un gesto que
honra y obliga a nuestra familia.

Las Hijas de María Auxiliadora representan, de

forma viva y permanente, el gran amor de Don Bosco a la Virgen. Quiso que fueran el «monumento vivo» de su gratitud a María Auxiliadora y les pide que sean su acción de gracias a lo largo del tiempo⁵⁴. Ellas saben que en nuestra familia tienen la obligación especial de profundizar y desarrollar la dimensión mariana de todos.

Por nuestra parte, «colaboramos con ellas en profundizar la espiritualidad y la pedagogía de Don Bosco y en mantener viva la peculiar dimensión mariana del carisma salesiano»⁵⁵.

Conviene, pues, promover con ellas durante este año mariano iniciativas que aprovechen cuanto el Papa ofrece en su encíclica y lleven a los jóvenes y al pueblo las características de la peculiar devoción mariana de Don Bosco.

Con María la familia salesiana crecerá mucho en la comunión mutua, en la laboriosidad apostólica y en la eficacia evangelizadora.

Los inspectores procuren reunirse oportunamente con las inspectoras, a fin de tratar juntos este punto con miras a los trabajos comunes y convenientes. El artículo 74 de los Reglamentos habla de nuestra devoción mariana como elemento que hay que considerar en el directorio inspeccional, y añade: «Los hermanos, individual y comunitariamente, sientan el deber de difundir con celo la devoción a María Auxiliadora».

Nos recomienda, entre otras cosas, dar importancia, en nuestras casas, al rezo del Rosario. Y, ¡todos lo vamos a tener en cuenta!

La proclamación de este año mariano para favorecer el propósito de la Iglesia de realizar un nuevo comienzo resulta, pues, particularmente oportuna y beneficiosa para la vida de nuestra Congregación y de toda la familia salesiana.

54. *Constituciones HMA* 4.

55. *Reglamentos Generales* 37.

Conclusión

Queridos hermanos, deseo concluir estas reflexiones marianas recordando el centenario de la consagración del templo del Sagrado Corazón. Tuvo lugar en Roma el 15 de mayo de 1887. El lunes, día 16, que seguía a la solemne consagración de la iglesia, Don Bosco, anciano y enfermo, bajó a la iglesia para celebrar la Eucaristía en el altar de María Auxiliadora.

«Durante el divino sacrificio —dicen las Memorias Biográficas— se detuvo no menos de quince veces, presa de fuerte emoción y derramando lágrimas. Carlos Viglietti, que lo asistía, debió distraerle de cuando en cuando, para que pudiera proseguir. [Al preguntarle] por la causa de tanta emoción, respondió: —Tenía ante mis ojos viva la escena de cuando hacia los diez años soñé la Congregación. Veía precisamente y oía a mi madre y hermanos discutir sobre mi sueño...

»Entonces la Virgen le había dicho: “A su tiempo comprenderás todo”. Transcurridos desde entonces sesenta y dos años de fatigas, sacrificios y luchas, una luz repentina le había revelado, en la erección de la Iglesia del Sagrado Corazón de Roma, el coronamiento de la misión que se le había sugerido misteriosamente al comienzo de su vida»⁵⁶.

No es casual la afirmación de su biógrafo e íntimo conocedor, Juan Bautista Lemoyne. Al intentar comprender la magnanimidad de las iniciativas de nuestro Padre, su osadía en favor de la Iglesia y los buenos resultados obtenidos a pesar de problemas sin número y de gravísimas estrecheces, dijo: «Entre la Virgen y Don Bosco debía de haber un pacto. Puede creerse que muchas veces

56. *Memorias Biográficas*
XVIII, 341.

se le aparecía y le indicaba lo que tenía que hacer y cómo»⁵⁷.

Estamos convencidos de que no sólo el templo del Sagrado Corazón de Roma y cada piedra de la basílica de Valdocco proclaman una gracia de la Virgen⁵⁸, sino que toda la obra de Don Bosco, en particular nuestra Congregación, el Instituto de Hijas de María Auxiliadora y la Asociación de cooperadores salesianos, tuvieron en María la inspiradora, maestra y guía que llevó a Don Bosco a crear la familia salesiana en la Iglesia.

Monseñor Santiago Costamagna nos transmite una frase de nuestro Padre que sintetiza magníficamente esta convicción suya: «Todo lo ha hecho María»⁵⁹.

En su misión de fundador, nuestro Padre demostró claramente que no estaba cerrado en sí mismo, en su territorio, en su tiempo y en la cultura de su época —aunque necesariamente estuviese encarnado en ella—, sino que comprendió que tenía valores permanentes que transmitir, un patrimonio y un espíritu evangélico que difundir y una criteriología pedagógica y pastoral válida para el futuro. Tuvo que persuadirse de que estaba llamado con vocación personal a ser fundador, es decir, a proyectarse más allá de su tiempo.

Un carisma es una experiencia viva que se transmite en cuanto viva —es decir, dotada de fluidez en desarrollo, siempre necesitada de inteligencia creativa para nuevas encarnaciones en otros tiempos y culturas—, una herencia espiritual de iniciador de escuela, enriquecida ininterrumpidamente con otros carismas personales incorporados de manera orgánica al suyo, según el proyecto y la llamada siempre coherente del Espíritu Santo.

Tal perspectiva dúctil vincula su misión de

57. *Memorias Biográficas* X, 92.

58. Cf. *Memorias Biográficas* VII, 471; XVIII, 338.

59. E. VALENTINI, *Scritti di vita e di spiritualità salesiana*, LAS 1979, pág. 144.

fundador a los dos resucitados —Cristo y María—, que inyectan en el tiempo la energía de la resurrección, influyen en el curso de los acontecimientos a lo largo de los siglos, y dan así a la historia un espesor de salvación y una fisonomía de novedad humana que fluye de la Pascua.

Dicha vitalidad escatológica es perceptible, sobre todo, en las horas de nuevo comienzo eclesial, como ocurre en lo que queda del segundo milenio.

Durante el mes de mayo de 1887 Don Bosco comprendió, en Roma, cuanto le había comunicado María, su maestra y guía; en la visión sintética de sus setenta y dos años de vida, pudo intuir proféticamente, como otras veces, el porvenir del carisma recibido. Confiemos, pues, como él en María, para poder cumplir las responsabilidades que tenemos en este momento tan significativo de la historia de la Iglesia y de la vida de la familia salesiana.

Al terminar esta carta me complazco en recordar de nuevo el 150° aniversario del nacimiento de santa María Mazzarello, conmemorado el último 9 de mayo. Tal fecha trae a nuestra memoria los planes de Dios para preparar a la santa Cofundadora de las Hijas de María Auxiliadora y, a la vez, nos recuerda de forma viva y permanente la dimensión mariana de toda la familia salesiana, encomendada a María Auxiliadora, Madre de la Iglesia.

Pidamos a ésta nuestra querida Santa que interceda, junto con Don Bosco —a quien siempre miró como a su estrella polar—, nos obtenga gran sensibilidad para experimentar constantemente presente entre nosotros a la Virgen Santísima, y nos ayude a renovar y vivir más eclesialmente nuestra consagración apostólica.

Un saludo cordial a todos, en comunión de esfuerzo y oración.

Que el Espíritu Santo inunde nuestros corazones y nuestras comunidades.

Afmo. en Don Bosco

EGIDIO VIGANÓ

Rector Mayor